

Doctorado “Honoris Causa”
Universidad Autónoma de Barcelona, España
4 de octubre de 2005

Señor Rector de la
Universidad Autónoma de Barcelona, Doctor Lluís Ferrer i Caubet.
Señores Decanos de las
Facultades de Filosofía y Letras, de Derecho, Ciencias Políticas y Sociología.
Honorable Consejo de Gobierno de la Universidad Autónoma de Barcelona.
Señores Profesores, Alumnos.
Señoras y señores.
Amigos.

En nombre de todas las integrantes de la Asociación Abuelas de Plaza de Mayo que presido y en el mío propio agradezco con profunda emoción el otorgamiento del título de “Doctor Honoris Causa”. Este honor me honra ya que está inspirado en el respeto y la comprensión por una dolorosa y difícil búsqueda de los hijos y nietos secuestrados por la dictadura militar. Es la primera vez que un país de Europa me distingue con este galardón.

Siempre sostengo que soy una mujer común, una madre que nace a esta lucha por el orgullo que me inspiran cada instante Laura y sus 30.000 compañeros. Entonces me pregunto dónde está mi mérito para recibir este reconocimiento si hago lo que debo, lo que me dicta el corazón.

Si el amor, la resistencia, el empecimiento, la convicción, el compromiso, el desafío, la constancia es un mérito entonces tendrá sentido el recibir mi Doctorado “Honoris Causa”. Pero estos 28 años de caminar sin pausa y sin descanso no han sido en soledad. Nada podría haber construido y conseguido sola.

Hay una historia que habla de cómo nace una lucha, que surge como respuesta a la violación de los Derechos Humanos efectuada por el Terrorismo de Estado que produjo la desaparición forzada de personas que incluyó a niños y niñas secuestrados con sus padres y a bebés nacidos en campos de concentración durante el cautiverio de sus madres.

Para buscar a esos niños, localizarlos y restituirlos a sus familias legítimas, a la vez que procurar justicia y reivindicación para nuestros hijos –sus padres- las abuelas de esos pequeños nos constituimos en lo que es hoy la Asociación Abuelas de Plaza de Mayo. Nada ni nadie nos detuvo para buscar a los hijos de nuestros hijos, por eso decidimos que buscábamos a dos generaciones. Tarea detectivesca se alternaban con diarias visitas a los juzgados, Casa Cuna, a la vez que investigábamos las adopciones de la época. También recibimos y seguimos recibiendo las denuncias e informaciones que el pueblo argentino nos hace llegar como una manera de colaborar en la tarea de ubicación de los nietos.

Para las mujeres que formamos los organismos de Derechos Humanos de la Argentina nuestra trayectoria tiene hora y día preciso de inicio: la desaparición del ser querido, ya sea hijo, esposo, hermano, nieto.

Permítanme describir a mi manera quienes somos las Abuelas de Plaza de Mayo.

La palabra abuela despierta de por sí ternura y la imagen de una viejita de cabello blanco, peinada con rodete, lentes caídos sobre su nariz, abrazando a algún nieto al que seguramente le contará increíbles historias de su vida. Eso sí sentada en un cómodo sillón.

Pero esa imagen es la antípoda de los que somos las Abuelas de Plaza de Mayo. No estamos sentadas. El sillón está tan vacío como los brazos que deberían abrazar al nieto. Y hay una explicación de la constante búsqueda y peregrinaje por el mundo ya que fuimos despojadas doblemente de una hija o un hijo y además de un nieto.

Todo comenzó mucho antes del 24 de marzo de 1976. No se prepara en un día un golpe de Estado. Las Fuerzas Armadas de la Argentina programaron meticulosamente el asalto al gobierno constitucional, con el apoyo del poder económico.

El proyecto que venían a imponer no era conocido por la mayoría de los ciudadanos, sí por una juventud esclarecida que se oponía a estos designios: la entrega de las riquezas al mejor postor.

Esta oposición iba a costarles muy caro ya que serían considerados los "enemigos internos".

Y en las madrugadas comenzaron a secuestrarlos. A ellos, los amigos, los simpatizantes y por sobre todo sus hijitos.

Qué puede hacer una madre o una madre-abuela cuando en esta situación de terror sus hijos y sus nietos "desaparecen" como si se los hubiera tragado la tierra. Nadie sabe, nadie responde, nadie se hace cargo.

Primero la búsqueda en soledad, porque el slogan de que "en algo andaban" y por "algo será" condicionó la actitud transformando a cada familia afectada en un "getto". Cómo hablar con los demás de algo que no tenía explicación.

Pero esto duro poco. El sentido común y el amor rompieron la barrera del "secreto de familia" y nos largamos a la calle, nos encontramos con otras mujeres que lloraban bramando y pedían por lo mismo. Y el gesto más generoso fue estrechar filas dándonos las manos para caminar juntas, desafiando el miedo, los riesgos, los malos consejos.

Y así un 22 de octubre de 1977, nació lo que no nos imaginamos que sería para siempre: las Abuelas de Plaza de Mayo. Eran entonces doce mujeres, las visionarias, las pioneras. Ese nombre se los dio la historia por su condición de abuelas buscando a sus nietitos arrebatados.

Algunos ya nacidos cuando se llevaron a sus padres o aquellos que iban naciendo no se sabía dónde porque su hija desaparecida estaba embarazada. La Plaza de Mayo, histórico lugar de libertades fue el primer escenario que nos vio desfilar frente a la Casa de Gobierno donde los genocidas cerraban las persianas a tan visceral y dramático reclamo. Por eso el nombre "Abuelas de Plaza de Mayo". Entonces pensábamos que pronto recuperaríamos los "tesoros" robados. Que el hijo o la hija regresarían con su juventud, su sonrisa, sus ganas de vivir. Y qué pensar de sus hijitos. Ellos debían por lo menos ser criados por sus abuelos.

Nada de esto ocurrió. Salvo en excepcionales casos el niño fue recuperado, salvado por la familia.

Mientras tanto los días, los meses, los años nos fueron templando y lejos de doblegarnos nos fortalecimos en nuestras convicciones y sentimientos poniendo al servicio de esta causa lo que podíamos y sabíamos hacer.

Ninguna antes de estos sucesos nos conocíamos. Las diferencias culturales, religiosas, políticas y sociales no perturbaron el común objetivo: buscar a los nietos sin olvidar a sus hijos.

El camino elegido no fue casual porque sabíamos que era con diferentes estrategias y

seguimientos que conseguiríamos dar con el paradero de esos bebés.

En los primeros tiempos los incansables pies recorrieron los orfanatos y casas cunas, preguntando con angustiada insistencia si no habían dejado niñitos provenientes de operativos militares. Queríamos verlos, mirar sus rostros, ver en las cunitas de los "abandonados" al que tanto queríamos, imaginarlo estirando sus bracitos para el reencuentro deseado. Nada de esto ocurrió. Luego los ojos se nos acostumbraron a observar a los niños de los jardines de infantes y según pasaban los años a los de delantales blancos de la escuela primaria, a los desgarrados adolescentes de la escuela secundaria. Y ahora las miradas se posan inquisidoras en los jóvenes universitarios y trabajadores buscando el parecido con sus padres: los ojos, su cabello, el andar.

Pero sabemos que eso es ilusorio, que es una fantasía que el encuentro no será producto de estas circunstancias.

Lo supimos allá por 1981 cuando nos preguntamos ¿Cómo podremos reconocer al nieto o nieta que nunca hemos visto?, ¿Cómo demostrar que ese niño es de nuestra familia?

Sabíamos que existían exámenes de sangre para demostrar la paternidad. Pero los padres no estaban. Había que buscar el índice de abuelidad, usar la sangre de los abuelos y la familia y reconstruir el mapa genético de los hijos desaparecidos. Fue nulo el intento en varios países de Europa. La respuesta afirmativa la recibimos de científicos de Estados Unidos.

Y en los albores de la democracia recuperada en 1984 pusimos en práctica este novedoso e inédito proceso de identificación creando un Banco Nacional de Datos Genéticos que guarda la sangre procesada de las familias que buscan a sus nietos. Allí la sangre espera con sus círculos, sus cuadraditos, sus bandas, sus fórmulas, la coincidencia exacta con el nieto encontrado. Entonces se produce el milagro del encuentro, la foto del bebé robado que se exhibe en las paredes de la Casa de las Abuelas se transforma en un hombre o una mujer joven que se le parece, que tiene los ojos enormes del asombro al conocer su origen, al ver nuevamente a su abuela, aquella que tan atrás de su psiquis casi se desdibuja para siempre. Pero la voz, es esa voz que lo nombraba o le cantaba una canción de cuna. Otras veces el joven aparecido no recuerda nada porque nació en el siniestro lugar del secuestro de su madre. Pero sí trae un mandato que no conocía: el de la voz de la sangre.

La herencia de sus padres en sus gustos, vocaciones y gestos, que no encajaban con quienes lo robaron y ahora sí encuentra el canal adecuado. El de su Identidad. Toda persona nace con una carga biológica cultural y social transmitida a través de las generaciones que la precedieron y que configuran las características esenciales como persona. Esto lo sabemos muy bien las Abuelas que el recuperar su Verdad, su Historia y su Familia para el nieto es regresarlo a la Vida.

Ya hemos localizado a 80 de los nietos. Aún faltan muchos más, son 240 las denuncias de búsquedas recibidas y se estima que en realidad son entre 400 y 500 los chicos sustraídos durante la dictadura militar.

Ya han pasado 28 años de duro y doloroso camino. Las Abuelas hemos agregado arrugas a nuestro rostro, peinamos canas, tenemos el andar más lento, pero el corazón late con increíble vigor fortalecido por el empecinamiento, el desafío, la perseverancia, la fe, el optimismo y el amor, mucho amor por lo que hacemos. Y hay compromiso con la vida a no abandonar esta lucha por que en ella va el orgullo por la prole, la integración de la familia, la advertencia de que este despojo no podrá repetirse en ningún lugar del mundo porque allí se levantarán las mujeres que como nosotras se transformarán en leonas para defender al cachorro. Y se sabrá que hay luchas en paz para que NUNCA MÁS sea posible tal despojo. No somos heroínas ni diferentes, somos sólo mujeres - madres - abuelas.

Muchas Gracias.

Estela Barnes de Carlotto.
Presidenta de
Abuelas de Plaza de Mayo.